

¿QUÉ GUARDAMOS EN EL CORAZÓN?

Cuando se experimenta el deseo de ahondar más en la Sagrada escritura y especialmente en los Evangelios, es común encontrar diversas posiciones ante los hechos narrados que al estudiarse minuciosamente no coinciden con la “realidad”. Algunas personas en su anhelo por ofrecer datos verificables que permitan acercarnos más al Jesús histórico, dedican gran parte de su vida a confrontar sucesos, indagar fuentes confiables, hacer estudios arqueológicos, investigar interdisciplinariamente la persona de Jesús, etc. Estos datos si bien, no son necesariamente el fundamento de nuestra experiencia de fe, nos permiten hacer una lectura teológica de los mismos y acercarnos al Misterio.

El Evangelio de Lucas es una gran fuente de datos, significado y sentido, ya que no sólo se ocupa de narrar hechos (nombres, lugares, fechas) sino que permite al creyente ir al origen de la identidad de Jesús, como HIJO DE DIOS (Lc 3, 38) y desde ahí comprender otros títulos cristológicos: “salvador”, “Mesías” “Señor” que le eran asignados al Emperador y que en Jesús cobran su verdadero valor.

Una de las características de éste Evangelio es el acento que pone en María, no sólo como madre de Jesús sino como discípula. Como aquella que es capaz de acoger, guardar y meditar en su corazón la Palabra de Dios y de confesar con su testimonio de vida que Jesús es el “centro de la historia”, la plenitud de la Revelación para todos, el Señor de su existencia.

En este texto me detendré en las expresiones: *“María, por su parte, guardaba todas éstas cosas y las meditaba en su corazón (Lc 2,19) y en su paralelo, “Su madre conservaba cuidadosamente todas las cosas en el corazón” (Lc 2, 51).*

Si nos detenemos en la primera expresión (Lc 2, 19) y tenemos en cuenta los hechos anteriores a ésta afirmación podríamos preguntarnos ¿Qué era lo que María guardaba en su corazón? ¿Qué de todo lo visto y oído hasta el momento estaba meditando? Quizás las palabras del ángel que aún no terminaba de entender: *“Alégrate llena de gracia el Señor está contigo” (Lc 1, 28) o las*

consecuencias de ser la madre de quien instauraría un *“reino sin fin”* (Lc 1, 33). O quizás la constatación de que *“para Dios no hay nada imposible”* (Lc 1, 37).

Tal vez lo que interiorizaba eran las palabras que el ángel le comunicó a los pastores: *“Les ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es el Cristo, Señor”* (Lc 2, 11). Siendo así, ¿Qué clase de Salvador sería su hijo? ¿Cuál sería su estrategia? De algo estaba segura, no utilizaría los medios injustos y violentos del emperador porque la promesa era de *“paz en la tierra a los hombres en los que Dios se complace”* (Lc 2, 14) y ella creía en las promesas... sobre todo en la plenitud de la Promesa: Jesús.

A lo mejor recordaba los últimos acontecimientos: el anuncio divino, los juicios de sus vecinos, los sentimientos de José, la sangre que se había derramado en el imperio...o definitivamente había una Palabra mayor en su interior que no terminaba de comprender y que sólo podía acariciar; que desconocía en su significado pero de la cual vivía, de la cual sacaba el aliento para continuar creyendo sin ver, esperando sin entender, alegrándose por estar en Ella.(Lc 1, 47).

Al profundizar en la segunda expresión, son otros los acontecimientos y palabras que ha escuchado recientemente: ¿Qué quiso decir Simeón en su profecía *“Éste está puesto para caída y elevación de muchos en Israel, y como signo de contradicción- ¡y a ti misma una espada te atravesará el alma!* (Lc 2, 34)? ¿Qué pasará con Jesús? ¿Por qué Jesús no nos pidió permiso para quedarse en Jerusalén? ¿Por qué le habló de esa manera a José? ¿A qué espada se refiere Simeón?

No sabemos qué pasó exactamente en el corazón de María, sólo sabemos que ella *“guardaba”, “meditaba”, “conservaba cuidadosamente”* todas estas cosas en el corazón.

La palabra *“corazón”*, del griego kardia, *“en el Nuevo Testamento tiene, generalmente, un sentido metafórico. No significa exclusivamente la vida afectiva, sino que se refiere a la fuente de diversas manifestaciones del hombre...tiene un sentido muy cercano al de espíritu de la fe, de la comprensión, es el centro de las*

opciones decisivas, de la conciencia moral, de la ley no escrita y del encuentro con Dios, que es el único que puede llegar hasta su fondo”¹

María conservaba cuidadosamente la Palabra que se hizo carne en su vientre, en su corazón, en su vida y meditaba el Misterio...no podía descifrarlo, ni se afanaba en hacerlo; no buscó garantías, ni quiso demasiadas explicaciones. Su corazón estaba habitado por el Dios de las sorpresas y ella se dejaba sorprender. No necesitó evidencias distintas a las que Dios le susurraba interiormente.

En este sentido, María fue la primera creyente y sigue siendo hoy un modelo de inspiración que cuestiona nuestro ser de discípulos. Ella nos recuerda el papel fundamental de la escucha, de la contemplación, de permitir que la Palabra nos hable y nos desinstale, nos redirija la brújula de nuestra vida y nos habite. Ella, nos muestra el camino del silencio interior para escuchar al Otro y a los otros; para dejar que los hechos y las palabras que escuchamos no se conviertan en una información más, un dato más, una estadística, sino que nos afecten, nos toquen y puedan transformarse en acción.

No podemos responder a Dios si sólo nos escuchamos a nosotros mismos. Necesitamos escuchar a los “ángeles” y a los pastores; a los profetas y a los amigos que Dios pone en nuestro camino, cada día y, sobre todo necesitamos escucharlo a Él, reconocer su voz, su susurro amoroso, distinguirlo en medio de todas las demás voces, como lo hizo María.

Hoy, son muchas las palabras que nos llegan. Por todos los lados nos invade un torrente de informaciones, mensajes, letreros, vayas publicitarias...¿Qué de lo visto y oído estamos guardando en el corazón? ¿Hay lugar en él para palabras de vida eterna o sólo caben mensajes de texto instantáneos? ¿Qué lugar ocupa en nuestro corazón Jesús, el otro, el Reino?

¹ pg 154. Diccionario del Nuevo Testamento. X. Leon Dufour. Cristiandad (Madrid) 1977.

Dejemos que María nos enseñe a ser verdaderos discípulos y discípulas, guardando lo esencial en el corazón y conservando la Palabra que nos habita en el centro de él. Que independientemente del lugar (Belén, Nazaret, Jerusalén) y de las personas con las que nos encontremos (reyes, doctores de la ley, sacerdotes, gentiles, fariseos) permanezcamos fieles al único Señor de nuestra historia, amando hasta el final, con la confianza puesta en aquel que venció la muerte. *“En verdad, en verdad os digo: Si alguno guarda mi palabra jamás verá la muerte. (Jn 8, 51)*

REFERENCIAS

- Biblia de Jerusalén. (1967). Salamanca. p. 1370
- Brown Raymond E.; Joseph A. Fitzmyer; Roland E. Murphy. (1971). Comentario bíblico “San Jerónimo”. Madrid: Cristiandad. P. 305-323.
- Brown Raymond E. (1982). El nacimiento del Mesías. Comentario a los relatos de la infancia. Madrid: Cristiandad.
- Concordancias de la Biblia. Nuevo Testamento. (1975). Bilbao: Mensajero. p. 241.
- Cardona Hernán (2013) Documentos y notas de clase.
- Dufour X. Leon. (1977). Diccionario del Nuevo Testamento. Madrid: Cristiandad. P 153-154.
- Fausti Silvano. (2009). Una comunidad lee el evangelio de Lucas. Bogotá: San Pablo.
- Schokel Luis Alonso. (1997). Biblia del peregrino. NUEVO Testamento. Tomo III. Ega: Verbo Divino. P. 160-161.

Marysol Franco Echeverri odn